

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

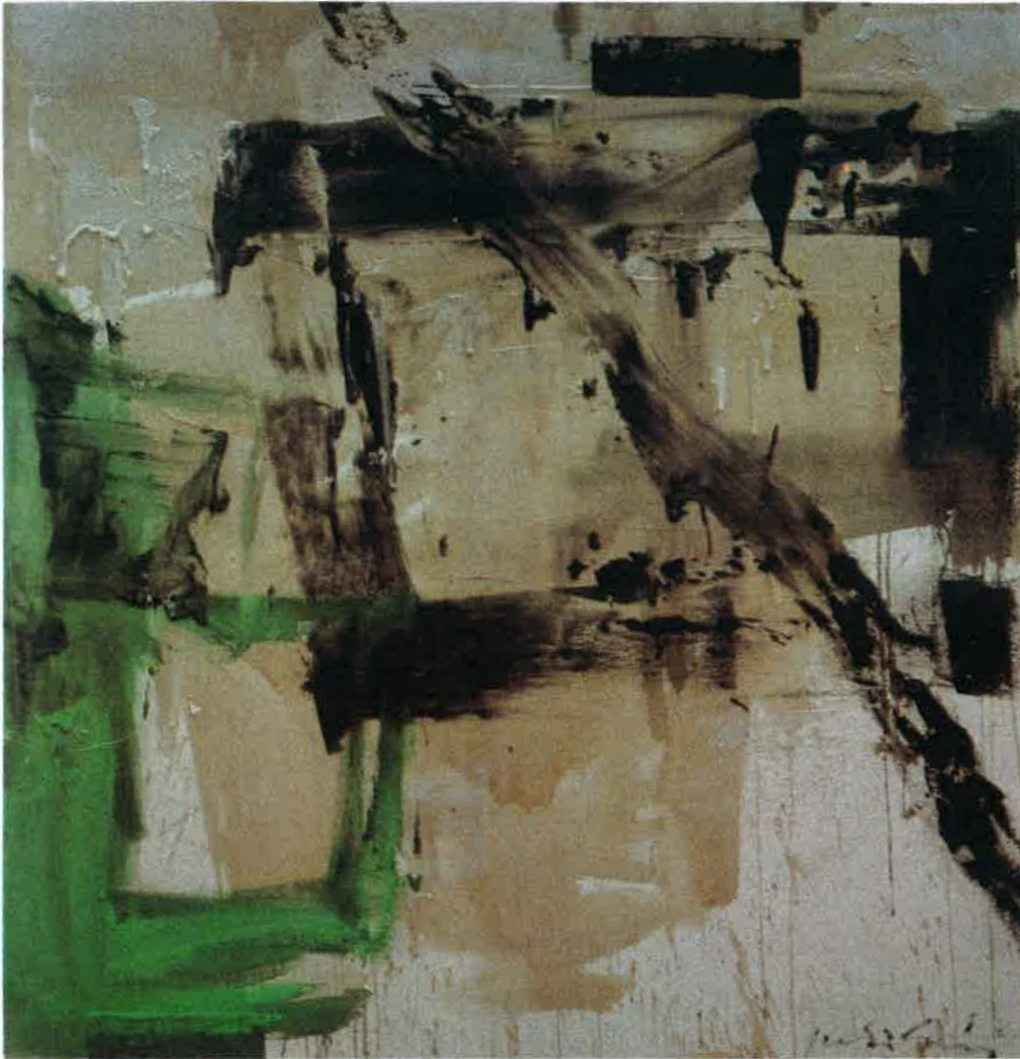
palural

REVISTA DE LA ADMINISTRACION DE COLEGIOS REGIONALES

VOLUMEN 6-7

SAN JUAN, PUERTO RICO

NUMEROS 1 y 2



ENERO-DICIEMBRE 1987-1988



PENSAMIENTO Y CULTURA

EL PACTO DE NILITA VIENTÓS GASTÓN: LA ARMONÍA DE LOS CONTRARIOS*

Por Arcadio Díaz Quiñones

...emparedado su espíritu, sin conocimiento de las relaciones que hay entre el bien de su casa y el bien público, [la mujer de su casa] ignora que el problema consiste en armonizarlos, y no en procurar que se aíslen

Concepción Arenal, *La mujer de su casa*¹

El espacio público y el privado

Protagonista de diversas y numerosas batallas culturales y políticas, rodeada ya de leyenda, Nilita Vientós Gastón se ha forjado a lo largo de los años una identidad en la parte iluminada de la conflictiva escena puertorriqueña. La joven que quiso ser cantante de ópera, que amó el teatro desde niña, tuvo que abandonar su sueño, y trasladarlo, como abogada, al espacio del foro, y, como escritora, a la plaza de la ciudad letrada.

Elogiada por sus fieles minorías, ha buscado siempre un espacio *público*. Se puede comprobar en su trayectoria: desde que comenzó a asomar tímidamente en los años treinta en el Ateneo; en sus muchos pleitos como abogada —contra el monopolio de las corporaciones azucareras, en defensa de la lengua española—; en la temeraria fuerza de sus opiniones literarias y políticas, en revistas y diarios, en la televisión. Nilita no se resignó a vivir en el aislamiento de la esfera doméstica, ni en la soledad de la escritura. El “bien público”, como decía Concepción Arenal —a quien leyó en su juventud—, la reclamaba.

La personalidad de Nilita Vientós destaca ampliamente en el horizonte intelectual y cultural puertorriqueño durante más de cuatro décadas. Con una gran capacidad de inteligencia y acción, presidió durante quince años el Ateneo Puertorriqueño, y desde allí abrió nuevos y amplios caminos, a menudo frente a una cultura oficial mezquina e intolerante, que intentaba silenciar y marginar a los independentistas y socialistas del país. Combativamente disconforme con el pacto neocolonial

* Notas sobre el libro de Nilita Vientós Gastón, *El mundo de la infancia*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1984.

¹ La relectura de dos textos de Concepción Arenal, *La mujer de su casa*, de 1881, y *La mujer del porvenir*, de 1868, me ha sido de gran utilidad, como se verá más adelante. Pero no pretendo hacer en estas notas un estudio a fondo de las ideas de Arenal en Nilita Vientós, aunque creo que puede y debe hacerse.

representado por el Estado Libre Asociado, y con los intelectuales que lo justificaron, se instaló con enorme valentía en el Ateneo y en la prensa para afirmar la nacionalidad puertorriqueña.

Durante casi cuarenta años ha impulsado y sostenido su proyecto más eficaz y ambicioso: las revistas literarias *Asomante* y *Sin Nombre*. Desde esas revistas —y muy distante del “hispanismo” hueco y sonoro de quienes reducían la defensa de la nación a la blanda defensa de una vaga “identidad” cultural—, Nilita Vientós ha servido de enlace y fuerza aglutinadora con la verdadera solidaridad cultural latinoamericana y española. En esas revistas han colaborado sucesivas generaciones de escritores puertorriqueños, junto a los más destacados latinoamericanos y españoles: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Ricardo Gullón, José Echeverría, Mariano Picón Salas, Angel Rama, Marta Traba, Cintio Vitier, Fina García Marruz, y muchos otros. Sus revistas complementan la labor de divulgación que, con amplio vigor crítico, desempeñó durante largos años en el periodismo literario de su *Índice Cultural*, siempre con una perspectiva muy fresca e independiente, atenta por igual a la producción literaria de Puerto Rico, y fiel a su pasión por la literatura norteamericana y la inglesa, por Henry James y Faulkner, o por Albert Camus y Sartre.

Ese mundo público, el más notorio, queda relegado, por ahora, en sus memorias. Por los menos, así parece a primera vista. En el libro que acaba de publicarse, Nilita Vientós ha preferido volver a *El mundo de la infancia*. Ha reconstruido con devoción el espacio más *privado*. Se acerca con reverencia al núcleo familiar, doméstico, el mundo de la infancia en el seno de una familia “acomodada”, una familia puertorriqueña pequeñoburguesa en La Habana de las primeras décadas de este siglo. Narra las historias paralelas de su familia, trasladados a La Habana, donde su padre trabajaba como representante de agencias de seguros de vida. Relata las historias del padre, la madre, los hermanos y los sirvientes. Desde muchos puntos de vista, el texto de Nilita Vientós revela una gran afinidad con las *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1964) de Renée Méndez Capote, sobre todo, en la evocación del mundo familiar y *privado* de una misma clase social.² Por otro lado, el texto de Nilita Vientós es lo contrario de la apasionada y *pública* autobiografía del tabaquero puertorriqueño Bernardo Vega. Las *Memorias* de Vega (1977), escritas en colaboración con César Andreu Iglesias, omiten la infancia, y en el texto se destaca el espacio *público*, la calle y el taller de los tabaqueros, las luchas y las figuras de la emigración.

La niña observa el viejo régimen

En el texto de Nilita Vientós narra la voz de una niña, “la niña que fui y que no he podido dejar de ser”. Una niña que, como la cubana Méndez Capote, mira desde abajo a sus padres, y desde arriba, con ternura y deferencia, a los sirvientes.

² La comparación detallada de ambos libros quedará para otra ocasión. Si quiero dar un testimonio personal que puede resultar esclarecedor. En la memorable visita de Cintio Vitier y Fina García Marruz a Puerto Rico en el verano de 1979, recuerdo que ambos le pedían a Nilita que escribiera sus memorias, y le sugerían que leyese el libro de Renée Méndez Capote. El relato oral que Nilita les hacía durante aquel verano les parecía a ellos un mundo muy parecido al de la “Cubanita”. Es muy probable, pues, que de aquellas conversaciones haya surgido el proyecto que ahora se publica. Las *Memorias* de Nilita son bien cubanas y bien puertorriqueñas.

Una niña que tuvo el privilegio —así se abre el texto— de la enfermedad. Asmática, “hundida entre cojines y almohadas”, podía dar rienda suelta a su fantasía y, sobre todo, dedicarse a la pasión que estimuló su padre: la lectura.

La niña observa a su padre, “masón y espiritista”, “gran lector dotado de mucha facilidad de expresión, con la cabeza llena de fantasías”. Su ilusión, añade, era ser abogado, pero no pudo, “dada la precaria situación económica de la familia”, y tuvo que hacerse agente de seguros de vida. La niña observa también a su madre, católica, “burguesa y muy ordenada”, preocupada por las cuentas a pagar, pero también paseadora, devota del teatro y de la música. La voz de la niña va narrando sus experiencias en un colegio de monjas; evoca sus héroes de infancia, sobre todo a Napoleón, “el hombre que saltó de una isla pequeña para cambiar la historia y murió derrotado en otra isla pequeña”. Va ordenando sus recuerdos siguiendo la jerarquía familiar y social: el padre, la madre, los sirvientes, en ese estricto orden.

Los sirvientes ocupan un lugar central en este mundo. Hipólita, por ejemplo, la “manejadora” del hermano: “Nuestra casa era su única casa y Rafael, como su hijo”. Saturnina, gallega, “trabajaba desde las seis de la mañana a las nueve de la noche, sin que se le ocurriera pedir un descanso”. Y Dionisia, la cocinera, “muy negra, casi color de la tinta”. El mundo de su casa nos permite, oblicuamente, referirnos a los paradigmas sociales y culturales del viejo régimen cubano. En aquel mundo de libros y modas, de sirvientes negros y gallegos, de familias más o menos acomodadas, “los negros andaban con los negros, los chinos con los chinos y los blancos con los blancos”.

El pacto

Me propongo centrar la atención en lo que podría llamarse el *pacto* de Nilita Vientós, renunciando en estas notas al examen de muchos otros problemas y aspectos que requerirían un comentario más largo.

Este texto, que ostensiblemente se limita a lo *privado* y a la *infancia*, como decía al comienzo, elabora un discurso que tiende un puente entre el pasado y el futuro del personaje, y entre la herencia paterna y la materna. Para decirlo de otra manera: el texto propone un *pacto*, una armonización de los contrarios, de lo público y lo privado, de lo paterno y lo materno, del bien público y el bien de la casa. Sin escamotear sus contradicciones, la imagen que de sí misma va construyendo Nilita Vientós es la figura emblemática que reúne, para decirlo ahora con palabras de Concepción Arenal, *la mujer del provenir y la mujer de su casa*, una *nueva* figura que ha sido su proyecto. Veamos.

Como en *Las palabras* de Sartre, la niña aquí descubre una biblioteca, que en este caso es la del padre. Aún más: el padre, gran lector, periodista en su juventud, es el “héroe” del texto; su retrato abre la narración. La hija hereda “su pasión por la lectura”, y cumple con el anhelo frustrado del padre, quien siempre deseó ser abogado. Para cumplir con ese anhelo, Nilita fue suplantando a su hermano:

Era muy afectuoso con nosotros, sobre todo conmigo, pero nunca se pudo entender con Rafael por su falta de interés en los libros. Era un desencanto para él saber que nunca sería el abogado que hubiera querido ser. Ese anhelo cayó en mí. Siempre me regalaba libros en mi cumpleaños: la Biblioteca Internacional de Obras Famosas, la Historia del Mundo en

*la Edad Moderna, varias obras de su admirada Concepción Arenal...
Heredé su pasión por la lectura, pasé mi infancia en compañía de su
biblioteca...*

La niña lee devotamente a los mismos autores que el padre veneraba: Víctor Hugo y, quiero recalcarlo, Concepción Arenal, un paradigma, entonces, de una posible emancipación femenina, *la mujer del porvenir*. Su devoción por el padre la lleva incluso a imitar, y me parece significativo, *la letra*: “Tenía una hermosa letra, pequeña y recta, que yo imitaba y que me causó graves desacuerdos con las monjas que exigían el mismo tipo de escritura a todas las alumnas”. La niña *imita* al padre para ser *diferente*. Su herencia será *la letra*: los libros, la escritura, el foro, el derecho, el espacio público, el riesgo de la disidencia.

La madre, por el contrario, sólo leía folletines, pero ejerce sobre la niña una influencia notable: la música, el gusto por el teatro, la elegancia de su ropa. “Tenía”, narra, “montones de trajes, zapatos y sombreros. Usaba en la casa unas lindas batas de hilo o batista llenas de encajes y pasacintas, estilo imperio con cola”. Además, “tenía una hermosa voz de soprano”. Los sirvientes “la adoraban” y “le encantaba la casa y se ocupaba mucho de ella”. Contrario al padre, era “supersticiosa”: “Rezaba, hacía novenas y promesas e iba a misa todos los domingos”. A la madre, queda claro en el texto, le faltaban los recursos intelectuales. Pero encarna el paradigma de la *buena mujer de su casa*. Concepción Arenal ya había puntualizado las barreras que esa situación imponía: “Tal es la situación de la mujer; abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia”. La recuerda con admiración, por su belleza y su elegancia:

...Siempre la pienso alegre, reidora, bien vestida, la recuerdo como la vi cuando yo tenía doce o trece años. Vivíamos en una casa de dos pisos en Galiano con una hermosa escalera de mármol. Ese día por la mañana Amelia le había llevado un hermoso traje de batista blanco estampado con grandes flores amarillas, que llevaba en el ruedo, alrededor del cuello y en las mangas pequeños volantes con vivos amarillos. Era una maravilla de traje. Podría pintarlo ahora... Siempre la veo así, con su hermoso vestido blanco y amarillo bajando airoosamente las escaleras, como una reina, encantada con la admiración que sabía despertaba en nosotros.

El proyecto de Nilita será justamente la fidelidad, en lo esencial, a esa herencia. Su *pacto* armoniza los opuestos, subrayando las necesarias líneas de continuidad, y las necesarias reestructuraciones. De su padre ha querido continuar *la letra* y el *foro*, el bien público. El la impulsó a romper con la división sexual del trabajo, a irrumpir en el territorio monopolizado por los hombres; a la transformación y al cambio. De su madre, sin embargo, retuvo la veneración por el *orden* de la casa, y el cultivo estético del atuendo. En el *orden* de su propia casa en la calle Cordero de Santurce —espacio abierto al encuentro y a la crítica, al debate y la divergencia—, Nilita afirma que va más lejos que su madre. No cambia los muebles de sitio. Dice: “Donde pongo una silla la dejo hasta que se rompe”. No quiere alterar su *orden*. Recuerda lo que sugería Walter Benjamin: a la burguesía no le gusta que

los muebles cambien de lugar.

Se ha difundido mucho un retrato de Nilita que podría representar, a mi modo de ver, el *pacto* que sus memorias de infancia sugieren. Aparece en su casa, rodeada de sus venerados libros, sola, elegantemente vestida. Su libro nos ayuda a “leer” ese retrato, como ocurre en las restauraciones cuando se encuentran diversas capas de pintura en un cuadro. En este caso no son capas de diferente mano. Aquí vemos que la composición y el dibujo siguen siendo fieles a su única autora y a los códigos morales y sociales que ha armonizado. Es el rostro de una *persona* que ha querido reunir lo paterno y lo materno en una *nueva* figura, en una nueva casa, conservadora y liberal, disponible para la emancipación, pero fiel también al viejo orden. En esa tensión entre el *orden* burgués criollo y la *subversión* de sus valores dominantes radica justamente la fuerza de Nilita Vientós.

Los hilos de la trama: teatro y texto previo

La “niña” que narra estas memorias continuamente recuerda la afición al teatro, compartida por la madre y el padre, y el “teatrito de cartón que me regaló papá”, donde “vestía” a sus propios personajes y usaba, en las “funciones”, varios “tonos y tipos de voz”. Una niña que pone *en escena* unos textos, e incluso “crea” su público. Aquella niña enfermiza y mimada, aficionada a la *representación*, muy pronto aprendió a mover los hilos de la trama. El *teatro* es, no sólo el punto de convergencia del padre y la madre, sino también punto de partida para la pasión pública en la ciudad letrada. En aquel teatrito de cartón, nos dice, están los orígenes de sus revistas:

Para las funciones, especialmente para El mercader de Venecia, reunía a todos los muñecos que tenía de porcelana, de pasta, de trapo, recortes de figurines, frente al escenario. Era el público. Una vez terminada la función guardaba cuidadosamente al teatro y al público, doblaba en cuatro partes una de las hojas de libreta del colegio y hacía una crónica de la representación. Daba cuenta, en estas hojitas, que conservaba como memoria del espectáculo, del talento de los actores, el entusiasmo de los espectadores y algunas veces describía los trajes que llevaban... Los únicos espectadores “reales” eran los muñecos. Creo que esos apuntes fueron mi primera revista.

Aquel teatrito de “mentira”, imaginario, poético, hecho por la niña en la intimidad del mundo doméstico, será trasladado luego, repito, al mundo histórico, público, de la escena puertorriqueña.

Quizás podemos leer sus memorias como una *puesta en escena* de los orígenes de un pacto. Una puesta en escena que gira progresivamente en torno a la construcción de un personaje que vemos en su casa, escribiendo discursos en la letra pequeña y recta de su padre, y vestida con aquel hermoso traje de batista blanco que dejó su madre. Escribiendo sus memorias, es decir, adaptando el texto previo y predilecto para el proyecto de modernización y de conservación: los libros de Concepción Arenal. Sin preocuparse excesivamente por lo ambiguo, moderado o contradictorio de ese feminismo decimonónico que le brindó su padre, porque

lo que Josefina Ludmer, en un reciente estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, ha caracterizado como una de las "tretas del débil", que consiste en "que desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido de ese lugar, sino el sentido mismo de lo que se instaura en él".³ Nilita Vientós: la letra del padre y la casa y los vestidos de la madre, pero con otro sentido.

³ Me refiero al inteligente estudio titulado "Las tretas del débil", publicado recientemente en *La sartén por el mango: encuentro de escritoras latinoamericanas*. Edición de Patricia Elena González y Eliana Ortega. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1984.